

# Los Libros de Erigiend.

## II

### El Fuego Sagrado.

## Introducción.

### *Los Libros de Erigiend I: Valyrzon en busca del Malored.*

El Libro Primigenio narra el viaje de Siel Valyrzon de Unax, Intelyon de Gatha, Hanzui de Joke, Deh-Jilon de Sagor y el bikarnio Beawinhor (un caballo alado capaz de hablar) a la Tierra Blanca de Agantyan, buscando una piedra mágica llamada Malored para devolvérsela al dios Odeon. Enfrentan a los Thenagon, fantasmas plateados y malignos, cuyo rey, Angel, deseaba poseer el Malored. Cien años después de la búsqueda, Valyrzon viaja en el tiempo con el Malored a la época actual, en la que conoce a una joven llamada Mila Kotka y a su padre Ivan. Les cuenta su historia, ellos la aceptan y lo alojan en su hogar; Valyrzon y Mila se convierten en grandes amigos.

### *Los Libros de Erigiend II: El Fuego Sagrado.*

El Libro Primero narra el cumplimiento de una misión encomendada por el dios Odeon a Valyrzon, la cual llevará al muchacho oriundo del reino de Sadornia y a sus amigos a través de un extenso territorio en la búsqueda de un nuevo objeto divino.

## Capítulo 1: La fortaleza en las arenas.

La habitación era muy grande. Había sido construida con piedra de un hermoso color azul, traída en grandes bloques desde el reino oceánico de Aquaban. Los hábiles trabajadores cilistras se las habían ingeniado para erigir, en el centro del desierto terrano de Luzac, la Fortaleza del Tiempo, la cual estaba conformada únicamente por aquella gran habitación de piedra azul.

Al terminar su trabajo, los cilistras regresaron a su reino. No entendían por qué, de todos los lugares en los que se podría haber construido el Fortaleza del Tiempo, el dios Odeon les había ordenado que lo hicieran en un desierto terrano. Sin embargo, como todos entendían, él tenía sus razones, y los cilistras le obedecían.

La razón la supieron muchos años después, cuando por orden del dios Odeon un grupo de jóvenes guerreros volvió a Luzac. El Fortaleza del Tiempo se hallaba en ese momento fuera de la vista, cubierto por una delgada capa de arena. Pero lo que sí pudieron ver, a escondidas, fue a un grupo de terranos, que se acercaban lentamente al lugar donde se hallaba enterrada la construcción. Sólo cuando caminaron por la parte superior de la habitación, y uno de ellos cayó a través de la arena hacia dentro de la Fortaleza del Tiempo, los cilistras comprendieron por qué sus antepasados habían dejado un pequeño boquete en el cielorraso de la construcción.

-¡Señor Kotka! ¿Se encuentra bien? -exclamó uno de los hombres mirando a través del boquete hacia abajo.

-¡Sí, Nazajem! ¡Vaya, tienes que ver esto! ¡Es realmente impresionante!

Nazajem les dijo a los tres hombres restantes que esperaran allí y saltó hacia abajo. El señor Kotka, un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, de cabello y ojos negros, observaba a su alrededor fascinado: se hallaban ante un hallazgo sorprendente. Recorrió la habitación de un extremo a otro, y aunque no halló ningún objeto ni inscripción que le pudiera revelar qué hacía una construcción de tal magnitud enterrada en medio del desierto, al subir a la superficie sonreía de oreja a oreja. Nazajem no entendía qué era lo maravilloso, pero no hizo ninguna pregunta. Tenían que regresar cuanto antes a la ciudad, así que siguieron su camino. El señor Kotka volvería, claro está, pero acompañado por su hija y el muchacho alto, de cabello negro, ojos azules y muy simpático que ella había conocido días atrás, y que vivía con ellos en su casa. Cuando Mila Kotka y Siel Valyrzon de Unax escucharon el relato de lo que había sucedido, reaccionaron de distintas formas.

-Puede ser cualquier cosa, como un antiguo depósito abandonado -dijo Mila sin interesarse mucho.

-O tal vez una construcción de mi época -sugirió Valyrzon emocionado-. Es muy probable; la piedra azul puede ser piedra aquiiana.

-De todas formas, quiero que me acompañen mañana -dijo el señor Kotka-. Nazajem no debe saber de esto; no le importan los descubrimientos, sólo quiere hacer su trabajo y ya. Aunque no lo culpo por eso.

Mila y Valyrzon aceptaron. Luego de cenar, los tres se dirigieron a sus habitaciones, y cuando Valyrzon entró a la suya se extrañó al ver una columna de luz blanca cerca de la ventana. El muchacho cerró la puerta de la habitación y se dio vuelta. Entonces oyó una voz, proveniente de la columna de luz:

-Siel Valyrzon de Unax, necesito una vez más que me prestes tus servicios.

-¿Dios Odeon? -preguntó el joven, atónito.

-Así es -dijo la voz-. Terribles hechos sucederán, y el único que puede evitarlos eres tú, con mi ayuda.

-¿Es verdad?

-Sólo si tú decides hacerlo te lo explicaré, Valyrzon.

-Si hay algún modo de evitar que algo malo ocurra, debo llevarlo a cabo.

-De acuerdo. Existe un objeto muy poderoso, el cual creé temiendo una posible destrucción del Malored. Es tanto o más poderoso que la Piedra Divina, pero más difícil de encontrar, y una persona quiere apoderarse de él. Tu misión es encontrar ese objeto antes que esa persona, porque si él lo posee, dominará la Tierra y nadie podrá detenerlo.

-Pero, ¿cómo comenzaré la búsqueda?

-Debes ir, como lo habías planeado, al Fortaleza del Tiempo, con Ivan y Mila Kotka.

-¿La construcción encontrada por el señor Kotka es el Fortaleza del Tiempo?

-Así es. Allí colocarás al Malored en el suelo; se producirá un destello, y sabrás que has viajado en el tiempo, a la época en que destruiste a los Thenagon.

La columna de luz desapareció. Valyrzon, confundido, apagó la luz de la habitación y se acostó, pensando en lo que el dios Odeon le había dicho y preguntándose para qué tenía que volver al tiempo en que los Thenagon habían sido destruidos.

Al día siguiente, Valyrzon les contó a Mila y el señor Kotka lo sucedido. Ambos se entusiasmaron al saber lo que les ordenaba el dios Odeon, y aceptaron encantados acompañar al muchacho al Fortaleza del Tiempo; así, luego de desayunar y prepararse, los tres abandonaron el hogar donde vivían sin llevar nada más que el Malored y una cantimplora con agua.

## Capítulo 2: El rebelde Thenagon.

Miles de años antes, a muchos arhs<sup>1</sup> de allí, en una gran isla con extensas playas y una inmensa y tupida selva, un hombre de unos treinta y cuatro años despertaba asustado luego de una larga noche de pesadillas. Se puso de pie rápidamente, mirando la habitación a oscuras que se extendía a su alrededor con nerviosismo, y se abrochó la vieja y raída capa de tela. Miró a su lado. Un joven Thenagon dormía apaciblemente, acostado en una gran cama hecha de huesos humanos. El humano se arrodilló junto a él y le dijo en voz baja:

-Rolgan, despierta.

El Thenagon abrió los ojos de inmediato.

-¿Ya es la hora, Arghant? -preguntó. Parecía estar más asustado que el humano, puesto que al ponerse de pie se tambaleó y cayó al frío suelo de tierra de la habitación. Se levantó velozmente, temblando, y miró a Arghant.

-Debemos ponernos en marcha -dijo él-. Si los guardias saben que hemos huido, nos perseguirán y nos matarán.

Rolgan asintió. Arghant y él salieron silenciosamente de la habitación y corrieron tan rápido como les fue posible; sin embargo, eso no impidió que uno de los Thenagon que vigilaban la casa despertara y viera la sombra de Arghant. Cuando Rolgan y el humano se vieron perseguidos, corrieron al límite de sus fuerzas, y consiguieron así llegar a la costa, donde un bote preparado hacía horas por Arghant esperaba, meciéndose ligeramente con el suave oleaje. Rolgan, como los demás Thenagon, era mucho más rápido que Arghant, por lo que pudo llegar antes que él al bote y comenzar a moverlo para escapar de la Isla. Mientras tanto, Arghant corría hacia Rolgan, perseguido por una veintena de Thenagon armados con arcos, flechas y lanzas. Uno de ellos se detuvo y preparó su arco, apuntó a Arghant y disparó. La flecha se dirigió limpiamente a una de las piernas de Arghant, y lo hizo caer poco antes de llegar al bote.

-¡Vete, Rolgan! ¡Apresúrate! -le gritó al joven Thenagon.

-¡Claro que no! -replicó Rolgan. Se acercó a Arghant y lo llevó a rastras al bote. Remó tanto como pudo, y finalmente se alejó de la Isla. Entonces se volvió hacia Arghant.

-¿Estás bien?

---

<sup>1</sup> Un arh es una medida antigua que equivale a un kilómetro y medio.

-Sólo me hirieron –respondió Arghant, sosteniéndose la pierna herida. Arrancó la flecha ensangrentada y la arrojó al mar. -Gracias, Rolgan. Te debo la vida.

-Estamos iguales –dijo el joven Thenagon-. Tú me has salvado la vida antes.

Siguieron navegando tranquilamente, ayudados por un suave viento que los llevaba en la dirección correcta, como si la naturaleza supiera su destino.

Miles de años después, en el desierto de Luzac, Valyrzon, Mila y el señor Kotka llegaron, tras una larga caminata, a la Fortaleza del Tiempo. Uno a uno, saltaron por el agujero en la arena y cayeron al azul suelo de la habitación. Cuando se hubieron puesto de pie, Valyrzon posó al Malored en el suelo de piedra, y éste emitió el destello del que había hablado el dios Odeon.

Los tres miraron a su alrededor. La habitación se hallaba en penumbras, y la única luz provenía del Malored. Valyrzon lo tomó y lo usó para iluminar mejor el salón.

-¿Qué sucedió? –preguntó Mila.

La Fortaleza del Tiempo se iluminó repentinamente por una columna de luz blanca que apareció junto a Valyrzon. Éste, sorprendido, retrocedió, y a continuación hizo una reverencia. Mila y su padre lo imitaron.

-Para contestar a tu pregunta, Mila –dijo el dios Odeon-, les diré que han retrocedido en el tiempo. Se hallan en el Fortaleza del Tiempo, enterrado en el antiguo reino de Sadornia, en el desierto de Luzac. Fuera los esperan dos cilistras, Yhonoraiia y Shdokore, a quienes he enviado para que los lleven a Agantyan.

-¿Agantyan? –repitió Mila sorprendida-. ¡Genial!

-Allí, Valyrzon, tienes que conseguir que un joven Thenagon te acompañe de regreso aquí. Buena suerte.

La columna de luz desapareció. Valyrzon, al igual que Mila y el señor Kotka, pensaba que la misión que el dios Odeon le había encomendado carecía de sentido. ¿Por qué habría de evitar la destrucción de un Thenagon, aunque se tratara de un joven, si toda la raza era igualmente maligna, sin excepción? Pero si el dios Odeon le había ordenado que encontrara al joven, lo haría.

Con ayuda de los cilistras, Valyrzon, Mila y el señor Kotka subieron a través del agujero en el cielorraso a la superficie, donde Yhonoraiia y Shdokore les explicaron el recorrido que harían para llegar a Agantyan. Luego subieron a una especie de carruaje de piedra, que tenía cuatro ruedas formadas por una niebla extraña y de color salmón, y se dirigieron a la costa de Sadornia más próxima, donde terminaba el desierto de Luzac.

Llegaron rápidamente a un puerto sadornio, en el que los esperaba el barco más grande y hermoso que habían visto. Era de madera negra, y tenía detalles llamativos de plata que brillaban con la luz de la joven luna. Sus grandes velas, de un blanco puro, se mecían suavemente al soplar las brisas nocturnas. Una hermosa rampa, larga y plateada, invitaba a Valyrzon, Mila, el señor Kotka y los cilistras a abordar la embarcación, y así lo hicieron. Una vez que estuvieron en el barco, Yhonoraiia levantó la rampa, mientras Shdokore decía:

-Irkamule, Larelai-Oqua.–Miró a Valyrzon, Mila y el señor Kotka cuando el barco comenzó a moverse-. Es el nombre de la embarcación en lengua cilistra. Significa “Espada del mar”.

-Es hermoso –dijo Valyrzon sinceramente. Y, tras una pausa, añadió: -¿Llegará a Agantyan a tiempo para evitar que maten al Thenagon?

-Claro que sí –contestó Shdokore-. Nos sobrará tiempo.

-Y, ¿cómo viajaremos por Agantyan? –preguntó Mila.

-Tres bikarnios los esperarán allí –respondió Yhonoraiia.

Ni Mila ni su padre habían viajado por la noche, y menos aún en un barco de aquellas dimensiones. Mientras Valyrzon admiraba cada centímetro del Larelai-Oqua y conocía al resto de la tripulación, ellos se maravillaban por la vastedad de las aguas oceánicas y el hermoso cielo nocturno, salpicado de estrellas.

Poco antes del amanecer, Valyrzon se acercó a Mila, quien continuaba mirando las aguas del océano mientras pensaba en los aquianos. Tanto Valyrzon como ella y su padre suponían, a raíz de lo que Valyrzon sabía, que los habitantes del mar eran los antepasados de Mila.

-¿No quieres ir a descansar? –preguntó Valyrzon. El señor Kotka dormía hacía horas, agotado por el largo viaje, pero Mila parecía no tener mucho sueño.

-No aún –contestó la chica. Se volvió hacia su amigo y le preguntó: -¿Sabes qué es lo que mueve al barco, Valyrzon? No tiene remos ni otro mecanismo para hacer que avance tan rápidamente como lo hace. Sólo las velas. Además, no produce ruido alguno.

-Le pregunté a Shdokore –dijo Valyrzon-, y me explicó que, bajo el barco, hay remolinos de aquella niebla que formaba las ruedas del carruaje. Es niebla del reino cilistra, muy especial, que hace flotar y moverse velozmente a cualquier objeto. Los cilistras utilizan esta niebla hace siglos. Poco después, al amanecer, ambos se fueron a descansar. El interior del Larelai-Oqua era muy elegante, y sus aposentos eran tan cómodos que se durmieron enseguida. Y, mientras ellos descansaban plácidamente, en el palacio eafterthiano un aquiano llamado Deh-Jilon salía de la habitación que compartía con sus amigos, caminaba por un par de corredores, atravesaba el salón del trono y el vestíbulo, y salía de la morada de los reyes para dar un paseo por el oscuro y silencioso valle. Hallándose cerca de la cueva por la que se accedía a Eafterth, miró hacia ella, y se sorprendió grandemente al ver a un joven Thenagon llamándolo mediante señas. Se alejó de allí apresuradamente, pero cuando caminaba hacia una arboleda sintió que una mano lo tocaba, por lo que se volvió sobresaltado. Se trataba de un hombre un poco mayor que él, de penetrantes ojos azules y cabello castaño desordenado, ataviado con una vieja vestimenta sadornia. Era Arghant. Tras él, Rolgan lo miraba asustado.

-Mira, estoy cansado, me siento mal y tengo que proteger a Rolgan hasta que podamos huir de aquí hacia un lugar seguro –dijo cansinamente Arghant-, así que, por favor, óyeme bien. Rolgan es el único Thenagon que quiere ayudar a los agantys y sus aliados, y piensa que lo único que puede hacer por ustedes es decirles algo sobre los ejércitos enemigos. Además de los Thenagon, vienen en camino todos los aquianos que existen, además de una gran cantidad de fekarnos y sumaderios, y... ah, sí, unas bestias aladas llamadas fagondas. No reveles la fuente de esta información cuando la menciones a tus amigos. No nos hemos visto nunca, ¿de acuerdo?

Deh-Jilon alcanzó a asentir con la cabeza antes de que el humano y el Thenagon corrieran rápidamente hacia la caverna por la que habían entrado al valle y desaparecieran por ella. Regresó al palacio apresurado, al tiempo que, a algunos arhs de allí, el Larelai-Oqua llegaba a las costas agantyas. Valyrzon, Mila y el señor Kotka, protegidos del frío por largas capas de terciopelo verde, descendieron del barco y caminaron un trecho por la tierra de nieve hasta divisar a tres jóvenes bikarnios, que esperaban para remontar vuelo. Empezaron así la búsqueda del Thenagon a gran altura, mirando la superficie blanca y helada del reino agantyo, por largo tiempo. Viraron bruscamente en varias ocasiones debido a las grandes montañas que parecían nacer sorpresivamente ante su paso, y luego de unas horas de vuelo aterrizaron, puesto que una furiosa tormenta se había desatado. Se refugiaron en una caverna muy grande, que parecía haber sido antiguamente el hogar de un agantyo, y esperaron que la tormenta amainara.

Luego de lo que parecieron horas, vislumbraron dos figuras que se acercaban a ellos; una de ellas, casi invisible, parecía ser un joven cuyo cuerpo era plateado, y la otra era la de un hombre un poco más alto, vestido con ropas de color marrón claro. Ambos hombres llegaron a la caverna, y al verlos mejor Valyrzon pudo comprobar que se trataba de un Thenagon y un humano.

-Apresúrense y entren –les dijo. El humano, receloso, preguntó:

-¿Quién eres tú?

-Mi nombre es Valyrzon. Vengan, no les haremos daño. Buscamos a un Thenagon, el cual creo que te acompaña.

El humano y el joven Thenagon entraron a la cueva y se sentaron en el suelo como los demás.

-¿Por qué buscan a Rolgan? –quiso saber el joven hombre. Parecía desconfiar aún de Valyrzon.

-Eso es lo que quiero saber, y lo averiguaremos si nos acompañan –dijo Valyrzon-. ¿Cómo te llamas?

-Arghant, de la ciudad sadornia de Nartros –respondió-. En realidad, hace veinticinco años que no estoy en Sadornia. Los Thenagon me esclavizaron cuando tenía nueve años, y desde entonces sirvo a Rolgan y su familia. Hace poco logramos escapar de la Isla de los Thenagon, y casi nos matan, así que debemos tener mucho cuidado al viajar.

-Tenemos que regresar a la costa agantya cuando la tormenta cese –dijo Valyrzon-. Allí nos espera un barco cilistra para transportarnos a Sadornia. Debemos ir al Fortaleza del Tiempo.

Arghant asintió y miró a Mila y el señor Kotka, quienes no habían hablado durante todo ese tiempo. Padre e hija le devolvieron la mirada amablemente, y Arghant les preguntó:

-¿Quiénes son ustedes?

-Yo soy Mila Kotka, y él es mi padre –respondió Mila-. Somos amigos de Valyrzon.

-Ah –dijo Arghant. Cerró los ojos y no los abrió durante un rato; cuando lo hizo, dijo: -¿Alguno de ustedes sabe curar una herida de flecha?

Sólo en ese momento Valyrzon notó que una de las piernas de Arghant sangraba, manchando la nieve con un tono rojizo. Pensó en que, seguramente, un Thenagon lo había herido, tal como le había ocurrido a Hanzui de Joke en una ocasión cuando huían de la Isla. Entonces recordó haber leído en un libro agantyo algo sobre las armas Thenagon, y poniéndose de pie se acercó a Arghant para examinar su herida. Era profunda, y la piel a su alrededor se estaba tornando levemente plateada, lo cual le resultó preocupante a Valyrzon.

-¿Puedes sanarla? –le preguntó Arghant.

-No, pero los cilistras podrán hacerlo –dijo el muchacho-. Tenemos que regresar cuanto antes al Larelai-Oqua, o de lo contrario te sucederá algo horrible.

-Sí, sí, ya lo sé –repuso Arghant-. Si la herida no es curada en un día, es probable que me convierta en un Gaonnet.

-¿Qué es eso? –preguntó Mila.

-Los Gaonnet son seres, de cualquier raza, que han sido envenenados con armas Thenagon y adquieren ciertas características de esa raza –explicó Valyrzon-. Y una de esas características es ser totalmente maligno, con lo cual todos correríamos peligro.

-Hay que ponerse en marcha –dijo el señor Kotka, levantándose y tendiéndole la mano a su hija. Valyrzon ayudó a Arghant a ponerse de pie, mientras Rolgan salía de la caverna para saber si la tormenta había cesado.

Tras haber remontado vuelo en los bikarnios, todos se protegieron con sus capas debido al gélido viento que soplaba sobre Agantyan. Valyrzon había permanecido durante cien años en aquellas tierras, pero aún así no recordaba haber sentido tanto frío en toda su vida allí. Pensó que tal vez en Egipto, donde había estado en los últimos días con Mila y su padre, hacía tanto calor que se había desacostumbrado al clima de la Tierra Blanca.

Unas horas más tarde, cuando llegaron a las costas agantyas, Arghant demostró estar muy débil por causa de la pérdida continua de sangre, por lo que necesitó la ayuda de Valyrzon para poder caminar. Se despidieron de los bikarnios y abordaron nuevamente el Larelai-Oqua, donde los cilistras atendieron rápidamente a Arghant. Así, unas horas más tarde, los demás volvieron a ver al sadornio completamente saludable, con vestiduras nuevas y (como Mila se encargó de hacer notar) mucho más aseado. Las preocupaciones de Valyrzon desaparecieron, y el grupo se dedicó el resto del viaje a admirar el océano, que lucía muy diferente a su aspecto nocturno.

Poco después de haber partido de Agantyan, Shdokore les comunicó que harían escala en una isla llamada Ixtio, donde residía un grupo de humanos pacíficos a los que los cilistras solían

entregar una cantidad determinada de niebla cilistra como regalo. Se desviaron de su curso durante unos minutos, y al llegar a Ixtio el grupo no pudo dejar de asombrarse con lo que vio. Era una isla muy grande, pero no se hallaba en el agua, sino que flotaba sobre una serie de remolinos de niebla. Debido a que se hallaba a gran altura, Yhonoraiia, Shdokore y el grupo de viajeros necesitaron ascender a la parte superior del Larelai-Oqua para acceder a Ixtio; los habitantes de la isla, que parecían ser un pueblo agricultor, los recibieron sonrientes y los invitaron a recorrer su hogar.

-Lo siento, pero creo que no podremos -dijo Valyrzon-. Lo haríamos encantados, pero debemos ir a Sadornia.

-Creo que tenemos tiempo, Valyrzon -dijo Mila, mirando a su alrededor. Los rodeaba el ambiente más extraño y hermoso que habían visto alguna vez, con arroyos por los que corría una sustancia anaranjada, árboles cuyos frutos eran pequeños y emitían débiles luces de colores y grandes montañas completamente cubiertas por vegetación; las casas de los ixtianos, construidas con una hermosa madera de color claro, flotaban gracias a la niebla cilistra sobre amplios jardines de flores de maravillosas tonalidades, que crecían por doquier.

Valyrzon, que admiraba como los demás aquel extraño paisaje, sintió de repente que no debía quedarse mucho tiempo, por lo que regresó rápidamente al Larelai-Oqua seguido de sus amigos. Yhonoraiia y Shdokore entregaron la niebla cilistra y se despidieron de los ixtianos, retornando a su embarcación posteriormente.

Cuando ya se habían alejado de la isla, el señor Kotka le preguntó a Valyrzon qué le había sucedido.

-Ese pueblo no es pacífico, señor Kotka -respondió el muchacho-. No sé por qué, pero creo que es muy peligroso permanecer allí más de unos minutos.

El señor Kotka miró a Mila, quien tampoco parecía entender a Valyrzon. Sin embargo, no objetó nada y permaneció en silencio hasta que llegaron a Sadornia.

Luego de despedirse por última vez de los cilistras, el grupo emprendió el largo camino hacia el Fortaleza del Tiempo. Todos querían saber por qué el dios Odeon necesitaba a Rolgan, por lo que caminaron apresuradamente y unas horas después, bañados en sudor, se hallaron en el lugar. Uno a uno, saltaron hacia el interior de la habitación, preguntándose por qué los cilistras no habían construido una escalera, y cayeron al frío suelo de piedra azul.

Una vez que se pusieron de pie, Valyrzon colocó al Malored en el centro del Fortaleza del Tiempo, y luego de haberse producido el destello ya conocido lo tomó y lo guardó nuevamente. Todos miraron a su alrededor, intentando descubrir algún cambio, pero nada parecía haber sucedido. Entonces hizo su aparición el dios Odeon, como una columna de luz blanca a la que Valyrzon se había habituado.

-Gracias por cumplir con tu misión, Valyrzon -dijo el dios Odeon-. Es de gran importancia que Rolgan esté a salvo. Ahora te pido que salgas de esta habitación y asciendas nuevamente a la superficie. Hanzui se acerca, y debes convencerlo de entrar aquí.

-¿Hanzui? -se extrañó Valyrzon-. ¿Cuánto hemos viajado en el tiempo?

-Cien años después -contestó el dios Odeon-. Tu amigo aún vive, y continúa siendo el rey de Sadornia. En este momento está solo, y tal vez no lo reconozcas pues ha envejecido, naturalmente.

-¿Cómo podré salir de esta habitación? -preguntó Valyrzon.

-Utiliza el Malored -sugirió Arghant, quien, gracias a lo que les había oído decir a los Thenagon, sabía mucho acerca de la Piedra Divina.

Valyrzon sacó de su bolsillo al Malored y lo sujetó firmemente. El objeto emitió una luz que envolvió al muchacho y lo transportó a la superficie, donde algo lo golpeó, derribándolo, y cayó al arenoso suelo. Se puso de pie, mirando a su alrededor, y vio a un anciano de largos cabellos blancos y ojos color miel, ataviado con una hermosa vestimenta similar a la utilizada por el rey



Pendor, que lo miraba asombrado. A continuación abrazó a Valyrzon, y cuando se separaron el anciano dijo:

-Valyrzon, creí que no te volvería a ver.

-¿Hanzui? -dijo el muchacho, sin creer lo que veía.

-Así es -asintió el anciano-. Vaya, parece ser que el tiempo no ha pasado sobre ti. ¿Qué haces aquí?

-Lo sabrás si vienes conmigo -dijo Valyrzon. Lo guió hacia el boquete en la parte superior del Fortaleza del Tiempo, y juntos saltaron hacia la habitación. Cuando se puso de pie, Hanzui miró sorprendido a su alrededor, luego a los compañeros de Valyrzon, a la columna de luz blanca y por último a su amigo, quien guardaba al Malored en su bolsillo.

-Me da mucho gusto que estés aquí, Hanzui -dijo el dios Odeon-. Tú me has prestado también un gran servicio buscando el Malored hace un siglo.

-¿Dios Odeon? -preguntó el anciano, volviéndose hacia la columna de luz.

-Así es -confirmó el dios, y Hanzui se apresuró a reverenciarlo-. Te agradezco el haber cambiado el culto al dios Shinun por la adoración a mi persona. Ahora necesito que me escuchen, porque la misión que les encomendaré es muy importante. Tienen que encontrar el Fuego Sagrado.

### Capítulo 3: El bosque de Nalmor.

Valyrzon, que era el único que sabía qué era el Fuego Sagrado, dijo:

-¿El Fuego Sagrado, señor?

-Así es, Valyrzon -dijo el dios Odeon-. Hace siglos, los Thenagon lo quitaron del lugar donde yo, su creador, lo había colocado, y lo ubicaron en un sitio desconocido para mí. Pero los Thenagon han sido destruidos, y alguien debe encontrar el Fuego Sagrado para derrotar a un ser más peligroso aún: alguien que desea dominar el mundo y destruir a sus habitantes.

-Disculpe, señor -dijo Rolgan. Todos lo miraron.-Quisiera preguntar, ¿para qué me necesitan?

-Oh, lo olvidaba -dijo el dios Odeon-. Hanzui, tienes aquel libro que llevaste en el viaje a Agantyan, ¿verdad?

-Sí -dijo Hanzui, sacando de uno de sus bolsillos un libro pequeño y rojo.

-En su tapa, Linedi de Joke escribió unas palabras en una forma de lenguaje Thenagon -dijo el dios Odeon-. El libro está escrito en lengua sadornia, pero en algunos fragmentos del texto Linedi de Joke intercaló frases en el mismo lenguaje Thenagon, que son pistas para encontrar el Fuego Sagrado. El único que puede traducirlas eres tú, Rolgan, y espero que estés dispuesto a hacerlo, porque son de gran importancia.

La columna de luz desapareció. Hanzui le dio el libro a Rolgan, quien leyó las palabras de la tapa con total seguridad.

-“Mion ul ashaf cracme dusui lo Trahask, smi yh Busan Languari” -dijo-. “Quisieras tú saber dónde está el Fuego, ve a las Montañas Languari”.

-¿Sabes dónde están, Valyrzon? -preguntó Mila.

-Así es -contestó él-. Se encuentran en la isla de Owuan, en el helado Mar Blanco.

-¿Cómo llegaremos allí? -preguntó el señor Kotka.

-Por tierra -dijo Valyrzon-. Hay que ponerse en marcha, es un largo viaje hacia el norte. Ah, Hanzui, creo que deberías...

Sacó al Malored de su bolsillo y tocó con él una de sus manos. Poco a poco, Hanzui volvió a ser un joven de la misma edad de Valyrzon. Miró a su amigo sonriendo agradecido, y luego todos miraron hacia arriba pensando cómo salir de allí.

-Pues, tendremos que volver a utilizar al Malored -dijo Mila.

Valyrzon asintió y ordenó a sus compañeros que se tomaran de la mano. Asiendo fuertemente el Malored en lo alto, cerró los ojos y esperó haber sido transportado para abrirlos. Todos

soltaron las manos de los demás y se pusieron en camino hacia el norte, llegando a las costas sadornias tras unos minutos de caminata. Borearon la costa buscando un muelle en el cual abordar un barco para atravesar el mar, y llegaron así a un pequeño puerto donde un hombre, amablemente, les ofreció una embarcación, sin reconocer a Hanzui como su rey debido al nuevo aspecto de éste.

Mientras atravesaban aquel mar vieron, a poca distancia, la isla de Sador, donde se hallaba Angeth, la capital del reino sadornio. Valyrzon añoraba aquella isla, la ciudad, y, sobre todo, a sus padres. ¿Qué les habría sucedido durante su larga ausencia?

-Hanzui -le dijo a su amigo-, ¿has sabido algo sobre mis padres?

-Cuando regresé a Angeth me preguntaron por ti, y les dije que habías decidido vivir en Agantyan -respondió Hanzui-. Se entristecieron un poco por eso, pero se alegraron al saber que eras feliz.

-Fui egoísta al no regresar para visitarlos -se lamentó Valyrzon-. Si pudiera retroceder en el tiempo, lo haría. Fueron los mejores padres que podría haber tenido.

-Qué hipócrita -dijo Mila-. Si quieres, puedes volver al Fortaleza del Tiempo y regresar unos años para ver a tus padres.

-Sí, tienes razón -dijo el muchacho-. Pero creo que ahora es más importante buscar el Fuego Sagrado.

Llegaron a la orilla opuesta poco después. Desde allí caminaron durante largas horas, hasta caer la noche, y se detuvieron a descansar. Al día siguiente continuaron el camino y no cesaron hasta cerca de la medianoche. Era un poco molesto descansar allí, en un territorio deshabitado y constituido únicamente por arena, pero no tenían otra opción.

Luego de dos largas semanas de caminatas bajo un sol intolerante y breves descansos, el grupo llegó a otro mar, donde se refrescaron y descansaron más tiempo del habitual. El señor Kotka cargó con agua fresca su cantimplora para tener algo que beber durante el viaje y, minutos más tarde, partieron nuevamente. Como esta vez no poseían ningún tipo de embarcación, bordearon la costa de aquel mar y se internaron en una tierra un poco más húmeda, hacia el este, donde comenzaron a ver las primeras plantas, que anticipaban grandes llanuras donde, según Valyrzon, vivían pacíficas comunidades de pastores.

Las tierras arenosas y doradas fueron, poco a poco, siendo reemplazadas por fértiles terrenos en los que vivían todo tipo de animales, y donde crecían plantas de gran altura. Unas semanas después, hicieron su aparición los primeros árboles, de tamaño normal, con algunas extrañas excepciones de árboles más altos que las secuoyas.

El viaje se tornaba demasiado tranquilo, y Valyrzon comenzó a sospechar que algo malo ocurriría. Sin embargo, nadie más veía motivos para alarmarse, por lo que continuaron su camino internándose en un bosque poblado de árboles gigantes.

-¿Sabes dónde estamos, Valyrzon? -preguntó el señor Kotka.

-Creo que es el bosque de Nalmor -contestó el muchacho-. Y si es así, aquí habitan los...

De repente y sin previo aviso, Valyrzon se vio golpeado fuertemente. La fuerza del golpe lo arrojó contra un árbol, haciéndolo perder el conocimiento. Mila se acercó a él, pero tanto ella como los demás viajeros fueron también golpeados y arrojados contra los árboles que los rodeaban.

Cuando Valyrzon despertó, miró a su alrededor sin saber dónde se hallaba; pero no pudo ver nada, pues el lugar se encontraba a oscuras. Se puso de pie dificultosamente, y llamó a sus amigos.

-Creo que estamos solos aquí, Valyrzon -respondió la voz de Hanzui.

-¿Estás bien? -preguntó el muchacho.

-Sí, aunque siento un gran dolor en un brazo -dijo Hanzui-. ¿Cómo te encuentras?

-Tal vez tenga alguna lesión, como tú, pero estoy bien -dijo Valyrzon-. ¿Sabes dónde estamos?

-No -contestó Hanzui-. Desperté poco antes que tú, y no recuerdo cómo llegué aquí.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

